

LADISLAO GRYCH

EN LA FAMILIA DEL SEÑOR ⁽¹⁸⁾

Los que vendrían a participar de la Novena, guardan su devoción a san Cono, tan particular en el ambiente de Florida (Uruguay); y también, muchos de ellos, llevan la inquietud por lo espiritual; sus búsquedas son como primicias de lo que el Señor siembra en medio del Pueblo.

La devoción popular tiene que ver con la búsqueda; prepara el camino para las nuevas búsquedas en medio de una fe cada vez más profunda; esa inquietud del Pueblo me atrapa y me alegra, pues, me comprendo con los que luchan por lo espiritual; hasta me sentiré bien, predicando la Novena para un Pueblo que no conozco, pero quisiese sentirlo con el Señor, en esos días de gracia, mientras Él lo bendice.

PREFACIO

Esta vez reflexiono sobre la familia, en la Novena de san Cono, en Florida.

La Novena convoca a mucha gente; si la comparamos con otras, en Uruguay, es la más frecuentada; es que intuye lo que el pueblo necesita, se guía por la inspiración que le llega del Señor.

La devoción está grabada en el corazón del pueblo y no podemos descuidarla; aquí, no vienen sólo los devotos de san Cono, sino que se reúnen también, los que desean orar y escuchar en la comunidad; los nueve días serían un buen espacio de oración y de reflexión, si el pueblo encuentra lo que le sirve para alimentar al espíritu, por un crecimiento que busca.

Las novenas se van transformando en oportunidades para una reflexión ordenada que tiene un tema, un hilo que la conduce; quizás, suplen otras predicaciones, para llenar un espacio un poco abandonado, porque nos cuesta predicar durante nueve días, aún tratar de satisfacer al pueblo, al presentir lo que precisa, para ir alimentándolo, que se vea fortalecido en los días de Gracia; es cierto que el pueblo aún desea hallar lo que busca; entonces, quisiese salir al encuentro con él, con la gracia del Señor.

En el Año de la Familia, volvemos a las reflexiones del Papa Juan Pablo II en su Carta a las Familias.
Que el Señor bendiga las reflexiones, y que fortalezca las familias.

Sarandí del Yí, 13 de mayo de 1994

1. EL CAMINO DE LA IGLESIA

a. QUE SE DESPIERTEN

¿Qué camino debe recorrer la Iglesia de hoy?

Es la pregunta que se hacen los cristianos, con frecuencia: una vez, para justificar su distancia o la indiferencia; otras veces, buscan de verdad.

No obstante, no siempre logran ver que en la búsqueda ya están nuestro lugar y la misión que nos compromete.

Entonces, ¿qué camino debo recorrer en la Iglesia?

¿Y qué camino, para la comunidad a la cual pertenezco?

¿Es el asunto de otros, o también depende de mí?

Pues si tengo mi parte, el Señor me inspira.

El Señor inspira a la Iglesia, y nos sigue inspirando.

Si tenemos buena voluntad, Él nos permite ver lo que nos toca a nosotros, nos da las fuerzas para poder responderle.

Como los hombres luchan aún en medio de las crisis del mundo, esperan la gracia del Señor; y Él la tiene prevista para aquellos que lo piden y confían en Él.

¿Qué esperan los cristianos del Señor en nuestro tiempo?

Es que, si esperan de la Iglesia y de los hombres, ante todo cuentan con el Señor; y no nos olvidemos de que Él es nuestro Salvador, viene cuando los cristianos lo reclaman; aún, responde en medio de las crisis, cuando los hombres no saben qué hacer, se desesperan y se reprochan; en esas circunstancias viene, si creemos que Él podría cambiar esa realidad tan confusa.

Tenemos los nueve días de la gracia del Señor; y si lo deseamos, serán un tiempo de oración, de búsqueda y de reflexión sobre la familia; queremos buscar al Señor para las familias, y comprometernos por ellas que nos necesitan y nos esperan; y al presentir la urgencia, nuestro corazón

no quiere quedarse insensible.

Dejemos a toda la realidad en las manos del Señor; y si no sabemos lo que Él quiere de nosotros, debemos esperar y orar; seguramente, Él nos hará ver cuando sea necesario.

¿Quién podría afirmar que el Señor no espera nada de nosotros?; en otros tiempos, ni siquiera le preguntábamos, y si Él nos tiene en cuenta, aún nos llega su gracia, pues no podemos hacer nada, si Él no nos socorre.

Es bueno presentir que el Señor nos espera, más allá de las limitaciones; si no sabemos responderle, el tiempo crea un clima para darle una respuesta deseada, y mientras tanto, se va abriendo la vida para poder realizarnos.

Los cristianos van descubriendo su misión en el mundo y en la Iglesia, a la que pertenecen; empiezan a confiar en su fuerza, porque confían aún más en el Señor.

Estamos en un buen camino, pues los laicos recuperan su espacio iluminado por el Señor, de modo que, los que estamos atentos, aún intuimos la misión que nos viene del Espíritu quien obra en nuestras vidas.

Nos cuesta atrevernos a ver qué podemos hacer por Jesús y por su Iglesia, nos falta experiencia, pero es cierto que la tarea del laicado es importante; y si la descubrimos por el Espíritu que obra en nosotros, dejémonos llevar por Él.

Somos una Iglesia viva, constituida por el Señor.

La Iglesia de Jesús está fundada por el Espíritu presente, Quien está en ella y en el mundo.

El Espíritu ilumina nuestros pasos, cuando caminamos por el mundo que necesita del Señor; llevamos su Presencia a todas partes; de este modo, Jesús, reconstruye el mundo de los hombres.

Entonces, dejémonos conducir por el Espíritu que obra en nosotros; y que Él nos lleve a todo el mundo con Jesús en

los corazones.

¡Qué gran gracia es ver a los cristianos que se despiertan!
¡Pues, el Señor se preocupa por la Iglesia y por el mundo!
¡Hermanos, hay un gran cambio que experimentamos!
No sé si nos damos cuenta, pero es cierto que el Espíritu
nos despierta por lo que espera de la Iglesia y de nosotros.
¡Qué gran gracia es ver su obra en nuestros corazones!
Que el Señor nos bendiga en este camino.

Un camino del Señor está marcado en medio de la Iglesia,
mientras lo vamos descubriendo más de lo que esperamos;
tras aquellos que responden al Señor, vienen otros; de ese
modo, el Señor suscita las fuerzas en el tiempo de la
gracia; aún, Él bendice nuestros pasos en su Iglesia.

b. LA CRISIS DE LA FAMILIA

Las crisis del hombre, tienen que ver con la situación de la familia, porque en ella se proyecta la realidad, con la cual nos abrimos a la vida. Si es que el hombre viene del Señor, se abre en medio de la familia; y es donde se realiza la persona, antes de que empiece a expresarse en el mundo. Pregunta: ¿cómo sería vivir sin la familia?; y aún peor, si la misma no responde a las necesidades del corazón. A veces, una familia destruida representa casi menos que nada; a esa realidad triste la debemos mirar con Jesús en las vidas.

Si Jesús ya está con aquellos que lo necesitan, las familias destruidas son su realidad privilegiada, donde llega con su amor y su infinita misericordia. Así fue Jesús, así es hoy; y Él quiere integrarse a las familias por medio de aquellos que están en su misión; hoy, los cristianos comparten esta obra del Señor.

Las decadencias de las civilizaciones hablan de la crisis de la familia, pues en medio de la crisis del mundo, la familia está destruida; la realidad nos asusta, y nos duele de modo, que a veces, ni siquiera la queremos ver como un grave problema; no obstante, las decadencias abren el camino para Jesús.

Los cristianos lo deben saber, y aún sembrar la esperanza de una realidad distinta frente a las crisis, para enfrentar el mundo con la gracia que nos viene del Señor; es la misión frente a la familia.

Mientras el mundo asume la enfermedad de la familia, con la resignación que corresponde a los que no saben cómo enfrentarla, o considera la enfermedad como normal en la vida, al mismo tiempo, los cristianos pueden dar la imagen de una vida distinta; pues somos conscientes de que existe una vida diferente a lo que propone el mundo; a la vez, debemos mostrar una felicidad que asume los conflictos de la familia, y sabe incluirlos en un nuevo crecimiento de las vidas, siempre con el Señor presente.

Los que integramos la comunidad cristiana, entramos en la Iglesia con la familia a la cual pertenecemos. Al estar en la comunidad, no nos separamos de la familia, sino que más bien hallamos los lazos aún más fuertes; por eso, en tantos casos se sanan nuestras relaciones, porque empiezan por la reconciliación y el perdón, para poder llegar a una nueva comprensión; y más que comprender la vida, es recibir la gracia para poder sobrellevar la realidad; si se hace difícil, igual puede ser comprendida como una gracia del Señor.

Los que integran la comunidad, llevan las vivencias a sus familias; de este modo, se van transformando las vidas, se recomponen las familias en el tiempo del Señor.

Es un camino difícil, de la verdadera transformación, pues

debemos hallarnos en nuestra familia, aún en medio de una realidad compleja. Mientras nos reconciliamos, la vida es distinta; al lograr paz en la familia, nos pacificamos, porque comprendemos a nuestra familia, y siempre con el Señor que obra en las vidas.

No todas las realidades se recomponen como quisiésemos verlas, mientras el Señor nos sostiene para aceptar la vida y aún vivirla en paz. Es cierto que estaríamos felices, al ver la vida reconstruida en nuestro hogar, no obstante, en tantos casos, nos queda tan sólo aceptar lo que seguimos viviendo.

Jesús nos enseña a vivir en las circunstancias difíciles; nos ayuda a vencer los resentimientos y culpas, nos da paz para la vida que debemos llevar; aún nos da su luz para los hermanos y, de este modo, gozamos de su bendición.

En la medida en que nos integramos a la comunidad, aún llevamos la Bendición a la casa, a la vez, vamos trayendo la familia a la comunidad, pues se despierta por lo que le representamos, por la gracia del Señor.

La familia es el primer ambiente de la obra del Señor; y si es un ambiente difícil, lo que hemos aprendido en ella, lo vamos llevando al mundo.

A veces, los misioneros se ilusionan; les parece que hacen grandes obras, y cuando se van, la vida vuelve a lo que era antes. En nuestro caso, todo es distinto, porque al estar en nuestro ambiente, brindamos la paz del Señor, la paciencia y la oración; y si cambia nuestro corazón, el corazón que está al lado, puede iniciar un cambio.

Alguna vez, esperábamos que cambiara el hermano, antes de iniciar nuestro camino; pero las cosas no vienen de este modo, pues todo empieza por nosotros, más bien, por el Señor que obra en nuestras vidas.

La esperanza está en el Señor, mientras se van formando la Comunidades de las familias; si dentro de la Iglesia se comprometen las familias enteras, aún podemos decir que estamos en un buen camino. Debemos recorrer el camino de crecimientos entre la comunidad y la familia a la cual pertenecemos; a la vez, descubrir en la familia los cambios que le vienen del Señor y luego, empezamos a caminar en la misión que nos espera en la Iglesia y en el mundo; así, la experiencia en la familia se transforma en la riqueza que llevamos por tantas familias que nos necesitan para poder resurgir; y de este modo, el Señor nos lleva en medio de los hermanos.

Las familias que se han encontrado, saben abrir el camino para otras que necesitan del Señor, pues si no lo buscan, es porque aún no creen que podrían cambiar sus vidas, ni tienen fuerzas para luchar.

Entonces, el Señor nos pone en su camino.

2. DESDE EL AMOR DEL SEÑOR

a. JESÚS NOS TRASFORMA

El amor es la vida del corazón; es una vivencia que podría surgir en la profundidad de nuestro ser.

Y las vivencias; son tan fuertes que se imponen a los que pensarían de modo diferente, a veces, no les permiten ver de modo distinto; es que no sabemos darles la libertad de crecer en el amor, aún sin darnos cuenta.

El amor tiene vínculos con lo que vivimos y sufrimos; nos condicionan el dolor no asumido y los resentimientos, la angustia y las culpas, la ansiedad y la impaciencia; son las realidades que nos perturban sin piedad.

La vida se expresa a través de los sentimientos que pueden llevarnos al desequilibrio; aún caminamos en medio de un mundo muy enfermo, pero una parte de esa realidad queda en nosotros.

Jesús entra en la vida, y penetra los sentimientos, pues Él abarca a toda la realidad.

Las vivencias son importantes en lo que hacemos; una vez, dan brillo a la actitud, otras veces, la ensucian y enferman. Entonces, si Jesús nos salva, sigue reconstruyendo el amor que no es nuestro del todo; si Él obra en nosotros, hasta el amor es una gracia del Señor.

¿Cómo el Señor obra en nuestra vida?

Él la toca en sus heridas que suelen ser profundas; le lleva su propio tiempo hasta que se curen.

Ante todo, Él es la Corriente del Amor que nos llega y nos renueva; y la Corriente se proyecta cada vez más fuerte, si la aceptamos en nuestras tierras ansiosas del Señor.

En medio de una vida enferma y desgastada, es muy difícil

presentir la Corriente de la Gracia; en ese tiempo, vienen días amargos y tristes, sin sol; si aparece el Sol de la vida, pronto la envuelve la inseguridad, la tristeza y los miedos. La realidad aún persiste; por un tiempo sigue perturbando, hasta que la Corriente del Amor tome su fuerza y obre aún más; en fin, la vida se calma, por lo menos, por algunos espacios.

El Amor renueva la vida y los sentimientos. Si las vivencias se vuelven sanas, la vida es diferente, aún el mundo se hace distinto y cada actitud se pone nueva. ¡Qué importante es ver cómo cambia la vida! Pues, se libra de los sentimientos bajos, al verse renovada como el agua, pues la Corriente sigue penetrando y de este modo, entra Jesús; entonces, la vida empieza a expresarse como la del Señor, cada vez más visible.

A la vez, la vida se sana de miedos, de tristezas, de culpas, de cuestionamientos; va cambiando el modo de ver, viene la paz, empezamos a respirar con un nuevo Aire del Señor. Si no hay resentimientos, se ve otra vida; es diferente, y no hay más dudas.

La vida cambia con cierta lentitud, aún renovándose; a ese ritmo de la gracia lo descubrimos en nosotros; y es lograr ver el crecimiento, cuando el Señor renueva el Amor en la raíz del espíritu; entonces, la vida se expresa aún en las cosas muy pequeñas.

Es bueno ver cómo se aquieta el espíritu, cuando fluyen las vivencias del Amor cada vez más sano; es bueno ver el movimiento en paz, por más que los enfrentamientos aún suelen despertarse.

El Señor enfrenta el tiempo pasado; hay tantas cosas que Él vence, y nosotros debemos tener paciencia hasta en las debilidades, entregándolas en sus manos; como estamos en

esa guerra, esperamos su gracia.

Cuando se calman las vivencias en la raíz de nuestro ser, nos liberamos de los impulsos que nos inquietaban, en el camino que no quisimos seguir más; entonces, adquirimos el dominio de nosotros mismos, que nos viene del Señor. El hombre comienza a hablar de la libertad del espíritu; no significa que ya somos libres de las luchas, pues seguimos con ellas, pero logramos cierto dominio interior, aún cierta seguridad de nosotros mismos, mientras que la vida se abre del Amor.

b. LA APERTURA DEL CORAZÓN

Si hablamos del amor, buscamos la apertura del corazón, ante las personas y el mundo, con el bien que contiene su interior; pues en la actitud de indiferencia, de distancia, se esconde la fuerza que condiciona esta apertura; si aún hay sentimientos de odio, de rechazo, ¿qué podemos esperar? ¿Por qué resurgen esos sentimientos, quién los siembra en el corazón?; ¿es tan sólo la realidad del hermano que los provoca o algo más, lo que el Señor debe sanar?; porque es misterioso el hombre en sus vivencias que lo llevan, y lo atrapan y esclavizan.

El corazón se expresa con lo que es, por más que quisiera esconderse; y cuando decimos que brindamos el amor al hermano, la vivencia suele estar llena de la debilidad que, a veces, es fuerte; pero es bueno verla, porque nos acerca a Jesús que nos sana, al resolver las carencias, los miedos e inseguridades.

¿Qué camino hace el hombre en su crecimiento del amor, antes de que diga que quiere entregar su vida en la misión de los dos?; pues para los cristianos, el noviazgo es crecer en el clima del Amor; y cuando los novios logran madurar, toman la decisión en sus corazones impregnados con el

Señor presente.

Lo que decimos de los cursos para los novios, no sé si tienen claro el crecimiento interior de los dos, para llegar a amarse con el Amor de Jesús. Si los cristianos intentan amarse con su Amor, con más razón, deberían vivirlo los que toman la decisión de compartir sus vidas.

El noviazgo cristiano es ayudarse a crecer en el Amor del Señor; y es recorrer juntos con la confianza puesta en Él, pues Jesús está presente en la vida de los dos, si lo piden y lo esperan.

Jesús habla de un solo cuerpo, pues la gran unión en los corazones, puede ser tan grande que supera lo humano.

El Sacramento del Matrimonio ya está en la Corriente del Amor del Señor; y la Vida del Señor viene para la Vida de los dos, siempre y cuando los esposos no se la impidan; es bueno ver que, por medio de este Sacramento, los esposos pueden reclamar la gracia que superaría sus debilidades; si lo piden al Señor, se abre generoso frente a ellos.

En la vida del matrimonio y de la familia, las vivencias se transmiten, aún más que en cualquier otra situación de las vidas. Entonces, no se puede hablar de actitudes formales, tampoco fingidas; las vidas se expresan con el corazón, así como son y más allá de las intenciones.

Como las vidas están cerca, compenetradas, es imposible separar las vivencias del espíritu.

¡Qué distinta es la vida de los dos, si el Señor está en cada expresión!; ¡qué distintos son los gestos, palabras y todo lo viven los esposos!

Es importante que los dos compartan la parte espiritual, y la consideren fundamental; si es cierto que aún hay otros valores por los que luchan, los espirituales deberían estar

en el primer plano; como no todos lo ven, por mucho tiempo no luchan por ellos, y suelen comenzar a buscarlos, cuando la vida está en plena crisis, si hallan fuerzas para luchar por ellos; pues es difícil comenzar, cuando se destrozan sus fundamentos.

La vida espiritual bien compartida, lleva por el camino del crecimiento en el Amor y por la entrega del espíritu, cada vez más profundos.

El matrimonio debe encontrar su camino espiritual; los dos deben ir aportando por mucho tiempo, e ir enfrentando sus dificultades, aún compartir su preocupación, sus luchas, para hallar el sentido de la realidad que viven.

La vida ofrece las situaciones que pueden ir resolviendo, apoyándose mutuamente, pues son el verdadero brazo para sí mismos, si es que más aún se apoyan en el Señor.

Los dos reciben lo propio que les viene de Él, para poder compartirlo y complementarse.

Luego del tiempo de la indiferencia por la parte espiritual, volvemos a descubrir su necesidad y la urgencia; la misma vida nos lleva a luchar por lo espiritual.

Nos cuesta ver hasta qué punto la vida podría cambiar en la situación de plenas crisis, si los dos empezasen a luchar, aún siendo comprensivos y respetuosos en medio de sus debilidades; de esta manera, encontrarían las soluciones.

La cuestión es si los dos tienen buena voluntad y buscan el bien sinceramente.

El Amor del Señor sabe renovar las vidas en medio de las crisis; sabe transformar toda la realidad del hombre; hay que creer en el Señor y que Él nos sostiene, al luchar por los valores aún en la hora de la crisis más profunda.

En fin, ¿qué hacemos por las familias, donde se quiebran los valores?; pues, hay tantas familias que viven su triste

realidad, y se sostienen casi frente a los abismos.

¿Aún tenemos fuerzas para poder sembrarles la esperanza de la renovación que viene del Señor?; es que, al creer en los cambios, aún podemos ayudarles; existe un camino del reencuentro y de la reconstrucción, pero hay que creer en el Señor; cuando acompañamos a las familias que luchan, debemos mostrar nuestra fe, como humildes colaboradores de Jesús; pues Él desea salvar a las familias que están por quebrarse, y aún no creen en su salvación.

¡Qué triste debe ser la vida, que no puede creer en Jesús!

Pero Él salva aún en las situaciones cuando no le creemos.

¡Qué grande es ayudar para que alguien empiece a creer en Jesús, mientras la vida está casi por destruirse!

¡En qué lugar nos pone Él, para salvar a los hermanos!

3. AL ENTREGAR LA VIDA

a. ¿ADÓNDE ME LLEVA?

Aún me detengo; pero mi corazón se adelanta.

Quisiese alcanzar el agua de mi espíritu.

¿Adónde me lleva mi corazón despierto?

¿Qué es amar de veras?

Vuelvo a pensar en lo que vivencio; y voy recorriendo el camino del corazón que quiere amar.

¿Por dónde me llevas, Señor?

El corazón es así; si se abre, se expresa con lo que es.

No conoce cosas a medias; es su vida y está feliz, al poder expresarse de esa manera.

Cuando hablo de la entrega, para aquellos que la viven en su interior, no es hablar de una cosa extraña; si el corazón vibra, la entrega no es tan sólo un deber, sino más bien, una necesidad imperiosa de expresarse plenamente; pues de este modo, la vida se entrega en su profundidad.

Es importante que la entrega nazca en un corazón sano en sus vivencias; al ser pura, aún podrá llevar el agua que da la vida; pues, no la enferma ni la destruye, ni la ahoga ni la perturba.

No siempre lo tenemos claro, si estamos enceguecidos por los sentimientos que son más bien como impulsos y no la apertura de la vida; pues no serían una expresión pura ni feliz plenamente.

El espíritu tiende a la entrega; está en su camino previsto por el Señor; mientras se halla consigo mismo, empieza a buscar el cauce para entregarse por lo que valora y ama.

En la entrega está el valor de la vida; si la entrega es más grande, la vida se expresa más aún. A la mayor entrega la inicia el Señor, pues despierta las vivencias de grandeza, y

la vida se abre a la plenitud.

Al hablar de la entrega, deseamos ver todo el camino del crecimiento; no podemos afirmar que vamos llegando a la plenitud, pues mañana, se nos dan nuevas oportunidades para seguir entregándonos.

Si el Señor está presente, la vida crece; aún no sabemos a dónde nos puede llevar; al mantener la plena noción cómo podría ser nuestra entrega, presentimos el camino y creo que también, gozamos de una vida realizada.

Desde las pequeñas entregas de cada día, se va forjando un camino cada vez más abierto; de los pequeños sacrificios, se construye el sacrificio de la vida.

¿Qué es el sacrificio?; es una vida entregada ante el Señor; y hasta que no logremos esta entrega, no podemos vernos realizados.

No todos los que caminan por el mundo, lo comprenden, y aún no sabemos ayudarles a crecer en la entrega de sus vidas; no obstante, hasta que no logremos entregar la nuestra, por los valores más sagrados, nos quedamos sin palabra ante los hermanos; aún no sabemos transmitirles el mensaje con la fuerza que supone la entrega.

En medio de una vida entregada se abre el camino para los hermanos; y en esa escuela crecemos, pues no existe otro aprendizaje.

Jesús nos abre el camino; nos queda para siempre, no sólo como un ejemplo, sino más bien, como el camino; lo más importante es que ya está en nuestros esfuerzos e ilumina los pasos por hacer; pero hasta que no logremos entregar la vida, promovidos por la gracia del Señor, no podemos hablar de un pleno seguimiento de Jesús.

Cada día, los cristianos ponen su corazón, en la misión que

está abierta para los hermanos, y con Jesús presente en su interior, sus vidas se ven cada vez más comprometidas; no es un servicio más, sino que las vidas están entregadas, y donde está el corazón, está nuestra vida.

Quiero meditar lo que Jesús nos deja, para ir llenando el mundo con las verdaderas entregas; de este modo, el Señor llega para servir a los corazones.

Vuelvo a meditar, y mi corazón se adelanta, desea llegar a mis hermanos; no para estar vacío ni confundido, sino para que reciban al Señor pleno del verdadero amor.

Comparto la obra de Jesús en el mundo donde vivo.

Se alegra mi corazón realizado; Jesús es mi vida.

b. EL CRECIMIENTO

¿Qué es el noviazgo?; es un desarrollo del amor que lleva a la entrega; un camino para recorrerlo en medio de un mutuo crecimiento, con la perspectiva de una entrega que podría ser cada vez más profunda, entre los corazones ya colmados del Señor.

Creo que hay que crecer mucho, eso lleva su tiempo, y no se pueden apurar los pasos; pues si se lo hiciese mal, se podría destruir lo sagrado de la entrega.

Si la vida de los cristianos tiene que ver con la entrega del Señor, por los hermanos del mundo, cuando se trata de la entrega entre las dos personas, del hombre y de la mujer, se ve un crecimiento aún más grande que viene de Jesús; y ese crecimiento en sus corazones, los lleva a entregarse en medio de la generosidad más profunda de sus espíritus, en el alma y en el cuerpo; los dos unidos en el Señor, aún más profundamente que en los sueños de los hombres, pues, en ese camino, los cristianos buscan la felicidad, en medio de Jesús en sus vidas.

El tiempo puede ayudar al desarrollo cultivado en los dos; aún deben ir apoyándose en su mutua entrega; y si ésta es libre, aún es esperada, no se la puede forzar; los dos deben ayudarse mutuamente a despertarla.

El matrimonio es tomar la decisión de la entrega que sería madura, y la misma puede crecer más aún; y comúnmente, si no crece, se deteriora; es que no hay descanso.

Mientras el espíritu está pleno del Señor, libera la vida que se va entregando cada vez más feliz, al vencer los miedos y dudas, lo que podría obstaculizar una entrega generosa.

La entrega sigue abriéndose en el espíritu, al poder hallar el cauce en el alma y en el cuerpo; pues, si no se expresase en el espíritu, no habría una entrega sino sólo un esfuerzo.

Se habla mucho de la parte espiritual en el matrimonio, y se busca la fuerza interior; y si la vida se expresa casi espontáneamente, hay que alimentar el fuego sagrado en los dos, pues si no lo lograsen, ¿adónde llegarían?; ¿tan sólo para cuestionarse y reprocharse, o buscar otras salidas más tristes aún?

Si los dos han vivenciado, en algún momento, lo que es una verdadera entrega, si son conscientes de sus vidas, van a luchar para ir entregándose; y van a buscar al Señor, la Fuente de sus vidas y sus entregas.

Los dos son sólo una pequeña parte de una gran entrega, al estar en el camino del Señor, creciendo y superándose por la gracia aún más fuerte que la vida y la debilidad; y el Señor es grande en su entrega que pasa por nuestras vidas.

Jesús es el Camino para la vida; su entrega nos despierta; es una fuerza casi inexplicable, nos conduce por el sendero de las entregas cada vez más grandes, más conscientes y libres. Si pasan por la cruz, es porque las vidas no están

exentan; y la cruz es el destino, por lo menos en alguna parte, mientras caminamos por esta tierra del Señor. Jesús es nuestro camino, y nos hace llevar la cruz; y si Él está, ¿qué nos faltaría?

La reconciliación es importante, en medio de la entrega de las vidas; es fundamental; si bien, hay cosas que nos pasan, luego, hay un tiempo de una nueva luz y una nueva comprensión, en medio de la reconciliación. No obstante, la misma vale por lo que lleva del espíritu; es difícil llegar al corazón, si convivimos con las culpas y las penas. Si Jesús viene para reconciliarnos, esperemos más de Él que de nosotros mismos, confiemos en su gracia.

Cuando los esposos comparten la Liturgia, sus vivencias son muy particulares; ven la entrega de Jesús de un modo profundo, en relación con sus entregas; aún contemplan la vida de Jesús, tan sacrificada, plena, y los dos se alimentan de Él, en medio de su vida entregada.
¡Qué grande es verlo y sentirlo en sus propias vidas!
Y el Señor sostiene sus vidas; su luz ilumina sus pasos.

4. QUE LA VIDA GENERE VIDA

a. EL FUEGO QUE DESPIERTA

Sin ninguna duda, el crecimiento en el amor nos lleva por el camino de la apertura del corazón, mientras que la vida se hace más entregada y más servicial.

En el camino, seguimos venciendo los obstáculos, de este modo, el amor y la entrega nos depuran, creciendo; es el camino de vida, de felicidad y de nuestra realización.

Los principios del amor y de la entrega, o los conflictos que los impiden, surgen donde están las raíces de nuestra vida en el mundo. Si bien, venimos del Señor, entramos en un mundo de los padres, de la familia, en ella encontramos las luces y sombras que nos condicionan, o despiertan la vida del amor y de la entrega; son las raíces que se quedan para condicionarnos o hacernos crecer.

La razón de la vida sería alimentar lo bueno que hemos recibido y vencer lo negativo, para poder incluirlo para el bien, en un nuevo orden de la vida; entonces, lo negativo y triste entraría en el crecimiento.

Al encontrarnos con Jesús, Él entra en la realidad.

Su misión es como la del Fuego que quema lo débil, pero a la vez, depura una nueva Vida encontrada en el Señor.

Jesús la construye sobre el Amor y la Entrega, pues son sus principios y fundamentos, en nuestra vida.

A pesar de que la obra de Jesús es como prender el Fuego en medio del corazón, aún, el Fuego debe vencernos.

No esperemos que se expanda fácilmente, porque necesita ir abrazando a la vida que es muy compleja.

A Jesús le llevará mucho tiempo, hasta que el corazón se transforme; es el tiempo que necesitamos para compartir su obra en nosotros; estamos entonces, en un camino de

las transformaciones que son profundas; vienen de Jesús y abarcan a todas nuestras vivencias.

Es importante vivenciar la presencia del Fuego Sagrado en el corazón, sentir su expansión, cuando la vida se tuerce y se quema, se renueva y transforma.

Es el camino de la Gracia, del crecimiento en medio de la lucha y del dolor. Jesús nos hace llegar hasta las raíces del espíritu, nos renueva en el Amor y la Entrega, mientras le acompañamos pacientemente, con la oración.

En la medida en que el corazón se transforma, en medio de la obra del Señor, prende una nueva Vida, muy distinta, al vencer el egoísmo e intereses ajenos al Señor; pues son las realidades que frenan el corazón; y si lo detienen, aún se deteriora por dentro, en medio de su pobreza.

La Vida del Señor aún se abre desde nuestro corazón hacia los hermanos, para volver al Señor, como una nueva Vida de Amor y de Entrega.

El Fuego interior abraza el corazón; ya tiene cada vez más fuerza para expandirse; y desde Jesús de nuestro corazón, prenden los corazones de los hermanos.

El Fuego es como peligroso; mientras se expande, enfrenta la realidad en el camino; y si encuentra a los hermanos, ya tiende a prender en ellos, por más que se defiendan ante un Fuego que es fuerte y quema.

Se quema toda la realidad del mundo, y viene la gracia del Señor, ardiendo como brasa inagotable.

El corazón pleno de Amor y de Entrega, está atento para despertar un nuevo corazón.

El Amor despierta el Amor y la Entrega lleva a la Entrega; si por hoy, no prende el corazón del hermano, porque no es su tiempo, o el Fuego de nuestro corazón aún no tiene

fuerza; quizás, mañana sea su turno, pues viene un tiempo de esperanza y de vigilia.

La vida se nos presenta como estar con un Fuego prendido en nuestro corazón; por donde caminamos, lo prendemos; una vez, se apaga, porque la tierra está muy húmeda; otras veces se ahoga, porque le falta el aire o alguien lo apaga; no obstante, el Viento del Señor lo lleva.

Entonces, ¿adónde podría llegar este Fuego, por medio del corazón que ha sido pobre, pero está vencido por Jesús?

Si Jesús vive en la familia como un Fuego sagrado, Él vela para que este Fuego arda por siempre.

A los esposos les dice que lo cuiden en sus corazones, por la vida de los dos y de la familia; y esa vigilia es sagrada; en ese camino los pone y les bendice en cada paso.

b. LAS EXIGENCIAS DE JESÚS

¿Cómo hablar de los padres responsables, si faltan el amor y la entrega?; porque de los dos surge el compromiso.

Cuando se pierden los valores del corazón, la vida es como una carga; y ser cristiano sería asumir las exigencias como las de un esclavo; si hay que cumplirlas, es porque aún nos queda un poco de respeto por Jesús.

Y podría ocurrir que tengamos un presentimiento de que haya alguna razón en las exigencias; nos cuesta aceptarlas, pero sospechamos que habría que respetarlas; eso también, tiene importancia en la vida.

La vida según el Evangelio comprende las exigencias que se sostienen en un corazón puro, unido a Jesús; entonces, las mismas no son tan duras ni irrazonables; no son las que nos oprimen, sino que ya tienen su propia lógica, para que el corazón logre renovarse.

En el caso del matrimonio, eso viene cuando los corazones ya están transformados en medio del Amor y de la Entrega

de Jesús; no hay otro modo para entender sus exigencias; y si Él exige antes de que cambie el corazón, es porque nos da luz para poder presentir lo que nos llega del Señor, en el camino de la Vida del Amor y de la Entrega, mientras crecemos interiormente.

Muchos no comprenden las exigencias de Jesús, y algunos quieren ajustarlas a su modo de vivir.

El hombre quisiera comprender a Jesús, ya con su pequeña comprensión, al hacer pequeños pasos, viviendo por hoy, y sin esa gran perspectiva que viene del Señor.

Y lo que hace el hombre, si es contrario a Jesús, en algún momento, se le vuelve en contra, aún, devolviéndole con creces, pues una realidad distorsionada se enfrenta con el hombre confundido.

Los juicios humanos nacen en un corazón confundido y enfermo, que no comprende la vida ni ve los valores, y por eso opina mal y se deja llevar por la corriente del mundo.

No tenemos suficientes fuerzas ni las buscamos para vivir de un modo ofrecido por Jesús, y seguimos nuestro rumbo; los errores y equivocaciones nos llevan a las confusiones, y seguimos aún más perdidos, en medio de la realidad que se hace compleja, lejos del Señor. Creo que, de este modo, habría que ver lo que dicen los hombres del matrimonio y del amor, de la entrega y la familia; estamos en la hora de mucha confusión; pero quizás sea el tiempo de la gracia que vendría del Señor, mientras los verdaderos cristianos deben ser su luz para el mundo.

Cuando el amor es grande y la entrega es verdadera, pues vienen del Señor, se abre el camino; no es sin sacrificios, pero sí bien claro, con la fuerza divina; entonces, la vida de la familia se abre para la felicidad; la convivencia será una gracia, los hijos serán una bendición; es que no serán ni castigo ni carga, en medio de los sacrificios, aún

creciendo, en medio de la gracia del Señor.

A ese sendero lo descubrimos, si aún buscamos al Señor en los corazones, al orar para poder ver lo que Él desea de nosotros, al sentir su asistencia, su Amor y su Paz en las vidas siempre protegidas por Él.

El Señor está sobre las vidas; entonces, ¿qué nos faltaría? Si nos falta, es porque Él debe crecer en nosotros, pues la vida se abre con el bien que buscamos desde siempre.

Si tratamos de una entrega plena de luz, de vida, hablemos también del gran respeto en la obra del Señor.

Él está en las entregas; y las asume en la medida en que podemos dar y recibir, mientras enfrentamos las vidas con sus limitaciones; y la entrega, por más humilde que fuese, abre a la vida; y vivir sería una felicidad que genera vida en medio de la generosidad.

Jesús habla de los frutos de la vida, donde Él comparte; así serán los hijos de la familia, como una bendición en medio de los sacrificios; ¿y quién lo ve de este modo?

El Señor nos da luz para comprender su gracia; las vidas de los hijos son la bendición del Señor, por más que no siempre lo habíamos pensado de esa manera; entonces, que Él bendiga en los hijos, por siempre.

Deseo llevar mi oración al Señor, por las familias felices y numerosas, donde la vida se despierta aún más que en otros hogares, porque Él guía por este camino a quienes da más felicidad que a nosotros; que caminen por el mundo con alegría y fiesta.

Hoy, bendigo al Señor por ustedes, por su testimonio que es elocuente, en el mundo que comprende poco, por más que fingiese otra cosa; por esas familias del Señor, llevo a Él, mi oración de gratitud.

5. FRENTE A LAS CIVILIZACIONES DEL MUNDO

a. LAS INFLUENCIAS

¿Cómo hablamos de la civilización, de la cultura?; es como con la herencia, pues había alguien que aportaba, que luchaba por los valores; ahora al poder recibirlos, aún disfrutamos de ellos, una vez bien, y otras veces mal.

El hombre, con tan sólo vivir, se brinda de su interior, y expresa su vivencia; su vida se queda en la historia, como flotando; de este modo, aportamos al caminar por la tierra; son valores que componen un modo de vivir, de pensar, de intervenir en la historia, pero depende de los que llevamos en el espíritu.

A la vez, a toda la herencia la vamos asumiendo, quizás inconscientemente, cuando aún nos falta la plena noción de la influencia que tiene la civilización ante la vida; pues su modo de pensar y de actuar, se impone con fuerza en la vida del hombre y del pueblo; son cosas casi sagradas: las tradiciones del pueblo son muy fuertes, las costumbres se imponen, hay un pensamiento, un modo de vivir que nos llega y lo aceptamos casi sin cuestionarlo; de hecho, es una ola que nos inunda.

Cuando nacemos, la civilización ya nos espera como los abuelos a sus nietos, o como el vendedor que ya está, antes que su cliente, no se desespera, siempre atento y dispuesto. La civilización está en el aire, está en cada lugar y llena el ambiente; por donde miras ella está, silenciosamente entra en todos los espacios y se impone.

En nuestra vida, muchas cosas están interiorizadas, las que habían entrado en el corazón, e hicieron su nido o aún, se incrustaron en el espíritu, son una parte, diría asumida; por algo, sabemos que pertenecemos a esa cultura no a la otra; aún hay que decir más, pues la misma civilización nos ata,

nos condiciona, ya hundida en el corazón, por el modo de pensar, por la manera de vivir.

Habría que preguntar qué raíces tiene nuestra cultura, en qué se apoya, qué valores la sostienen; pues, si influye en nosotros, nos cambia en nuestro interior, sus cimientos se hacen nuestros, y aún sin darnos cuenta, nos apoyamos en esos valores, y no en otros.

A ese cuestionamiento se lo hacen los que están atentos para construir sus vidas sobre el fundamento del Señor; la vida nos exige a cuestionarnos y más aún, por la misión de Jesús, en la cual nos comprometemos.

Las tendencias sembradas en medio de la acción caritativa, a veces, intentan como evadir los principios espirituales, hablan de una actitud sin credo, casi sin banderas, y que lo más importante es ayudar; no obstante, la expresión del hombre no es como la del robot; el hombre es más que un cuerpo y desea expresarse desde lo que es; además, los que reciben su ayuda, si sólo les llegase lo material, sin el espíritu, se materializarían en su interior.

Existe cierta tendencia hasta con ciertos propósitos, de una caridad humana sin principios religiosos, y principalmente contra los principios cristianos; y los cristianos, si hablan de la presencia de Jesús en cada actitud humana, de hecho, se identifican con Él.

Se hablaba de la integración de todas las tendencias, sin preocuparnos de dónde venían, con tal que tuviésemos el mismo fin, pero la vida nos enseña que hay que cuidar los principios.

Si comparamos las actitudes de la madre y de la empleada, las dos dan de comer a los pequeños en casa; no obstante, preferimos que la madre dé de comer a sus hijos, pues, en su gesto está el amor, la ternura, la comprensión, la vida, y

no sólo de pan nutre la madre; por eso, preferimos que ella cuide a sus hijos.

Es importante que podamos identificarnos con Jesús en el modo de ser, de vivir; y por alguna razón, Él dijo a sus discípulos que ellos no eran de este mundo, y que vivían en medio del mismo.

Si bien, nuestra cultura en sus raíces tiene mucho que ver con el cristianismo, parece que el agua se ha ido lejos y no es tan pura. La vida cambia, y está lejos de sus principios; por eso, es difícil ver si tenemos algo del cristianismo en medio del ambiente donde nos toca vivir, mientras que las vivencias del pueblo nos nutren con mucha fuerza.

Entonces, ¿qué lugar ocupamos, aún convencidos de que con Jesús podemos hacer algo más, por la sociedad?; ¿qué podemos hacer, y cuál es el camino?; ¿es entrar en la corriente del mundo, nadar como los demás o buscar los valores de Jesús, para iniciar un nuevo camino que surge en Él?

Ciertamente, Jesús puede iniciar lo nuevo que podría ser como levadura para la civilización; pero el compromiso es grande y no todos se atreven a luchar por el cambio; no obstante, si es del Señor, Él sabe a quién llama y quién le va a responder.

El cristianismo está frente a un desafío; es el de siempre, que tiene sus urgencias, pero hay tiempos que urgen más; frente a la realidad que vivimos, surge la necesidad de un mayor compromiso; es el camino para nuestro tiempo, por el bien del cristianismo y más aún, por el bien del hombre y del mundo.

Como siempre, habría que hablar de las tendencias que se enfrentan; una viene del mundo y la otra de Jesús.

¿En qué lugar nos ponemos?; si el Señor nos ilumina, hará lo suyo de nuestra vida.

b. ¿CÓMO VAMOS A ENFRENTAR?

Tratamos del matrimonio y de las familias en medio de la civilización, aún, nos damos cuenta de que se han perdido los valores que iban sosteniendo a la vida; con el dolor del alma, debemos decir que la civilización no aporta mucho en defensa de una familia unida, no se habla mucho de una vida entregada y sacrificada.

La realidad ha desintegrado a las familias, se han perdido los valores y no se lucha por ellos; todo eso forma parte de nuestra civilización, de nuestra cultura.

La tarea de la televisión frente a la familia es triste, pues, ¿qué representan las películas que se ven?; no hay respeto por los valores ni por la familia; las cosas que son serias, aún pasan como esas expresiones que no cuestan mucho.

Hay gente que escucha y quizás, está contenta y se distrae, porque se olvida de su vida o se identifica con lo suyo, se justifica; con esta realidad convivimos cada día, aún nos alejamos de lo que es sano; parece que nos olvidamos de que el hombre pudiese estar sano en sus principios.

¿Qué hizo la civilización de las palabras amor y entrega?

¿Cómo las lleva con su modo de pensar y sentir, cómo las entiende?; ciertamente, ya existe una cultura de amar y de entregarse, propagada por el mundo; pero, ¿es la que da la felicidad?

Sin embargo, el hombre la espera, aún la asume con cierta facilidad; ni siquiera se da cuenta de su destrucción; y si la viese, no tiene fuerza para empezar de un modo distinto.

Y en esas circunstancias, debemos decir que la salvación viene del Señor.

El cristianismo podría confundirse con el pensamiento del mundo, al asumir ciertas realidades que no nos pertenecen. Hemos asumido mucho del mundo; por eso, cuestionamos

los principios cristianos; aún, para no enfrentar a Jesús, preferimos criticar a la Iglesia que intenta transmitirnos la enseñanza que Él nos había dado.

Es cierto que recibimos la gracia del Señor en medio de la realidad del mundo; pero, ¿quién influye más en nuestra vida, qué tendencias nos llegan más?

Mientras la vida se nos complica, es más fácil buscar la justificación que enfrentar nuestra realidad con la seriedad que se merece, como nos propone Jesús; pero Él, presente en nosotros, no sólo nos da fuerzas para sobrellevarla, sino que la vida se proyecta como un camino de la salvación; y aún está bendecida por el Señor, por mas que el camino se haga doloroso.

El mundo necesita de los ejemplos, de una vida asumida por la Gracia, de un Jesús presente en medio de nosotros.

Hablamos de los estilos de vida en el cristianismo: el que se queda con lo que trae la realidad, ya casi sin luchar ni cuestionar; y el otro es el que busca a Jesús y con Él, inicia un camino que sería de seguir a Jesús en medio de la vida. Pues, Él vive toda la realidad que padecemos, aún llena de conflictos, de errores, de dudas, penas y culpas; entonces, ¿cómo actúa, y qué hace en medio de nuestra vida, y cómo la enfrenta?; al preguntarnos de este modo, si aún somos pacientes, logramos sentir cómo fluye la gracia del Señor. Jesús no nos muestra un camino fácil ni libre de renunciaciones; no obstante, como está de nuestra parte, el camino se hace posible y hasta feliz.

El Papa Pablo VI nos habla de la Civilización del Amor, que suena como una gran palabra del Señor en medio de la historia. Si Él quiere salvar al mundo con el Amor que nos tiene, la familia vuelve donde es su destino, si asume el Amor del Señor en su propia vida. Es el único camino que

vale para todos los tiempos y más aún, en la hora de la crisis del amor.

El mundo debe volver al Señor, y desde Él, reconstruir su realidad, y principalmente la de la familia. Pues, hasta las familias más perdidas en el mundo, si vuelven al Señor, se recuperan; si no se reconstruyen en el sentido humano, se hallan en el Señor, hallan la paz y el amor que buscan; de este modo, sabrán asumir sus vidas, serán felices aún en medio de sus desgracias que ya no lo serán más.

El cristianismo debe indicar el camino; si es conocido de siempre, lo vamos descubriendo, se proyecta como nuevo, es de Jesús para nuestro tiempo; como no todos se atreven a recorrerlo, con más razón, se necesita de aquellos que se comprometen más aún; y lo harán por la gracia que Jesús dispone para ellos.

Necesitamos de las vidas cristianas en medio de nuestro cristianismo, que suele mostrarse tibio, aún sin preguntar por las causas ni juzgarnos; por eso, se despiertan los cristianos silenciosos, nos llaman; son vidas de Amor y de Entrega en medio de un mundo que parece insensible; si es que provocan reacciones, críticas, también animan a otros seguidores de Jesús.

La Civilización del Amor empieza por los que responden a Jesús en lo más íntimo de sus corazones, por los pequeños grupos de seguidores de Jesús, que le entregan plenamente sus vidas. Y es cierto que el Amor debe hallar su cauce en la familia que asume a Jesús; ella es la primera comunidad de su Amor.

Al ver las familias que asumen a Jesús en sus vidas, ellas van a ir sembrando el bien para otras familias que luchan y, de este modo, crece la Civilización del Amor para poder enfrentar el mundo que tan sólo Jesús puede vencerlo; si le creemos, Él puede vencerlo por medio de los corazones

que llevan el Amor y la Entrega.

El Amor de Jesús se expande, pero según sus criterios, no según los del mundo; y está tan claro cuando el Señor obra en nuestra vida.

6. A HONRAR A LOS PADRES

a. LA LEY SAGRADA

La Gran Sabiduría del Señor y la de los pueblos habían pronunciado el mandamiento por los padres; de este modo, habían encontrado el camino para los hombres felices y un mundo mejor. Pues, honrar a los padres, es por la Palabra del Señor, Testamento para aquellos que sellan la Alianza con el Señor de las vidas ya bendecidas por siempre. Que Él bendiga nuestro camino.

Las crisis que viven las sociedades incluyen la separación entre los padres e hijos. No es que los hijos no deban hacer su vida, pero aún no deberían quedarse mal, ni ellos ni sus padres; esas crisis están aún más allá de los conflictos que sufren las familias; son como herencia, mientras el tiempo aporta más, cada vez más.

¿Adónde nos llevarán nuestros tiempos?

Me dijeron que quienes no respetaba a los padres, no los iban a respetar sus hijos, dónde depositan sus fuerzas y su vida. Entonces, ¡qué fracaso sería de la vida!; al poner todo en los hijos, nos quedaríamos sin respuesta de parte de ellos, y todavía nos reprocharían.

Y me comentaron que las lágrimas de la madre quedaban sembradas en las vidas de sus hijos, casi imperdonables en el camino de las luchas sin sentido; marcaban el destino de dolor, de penas, ante la vida que comprendían muy poco.

Muchas cosas nos quedan en nuestras mentes y más aún, en los corazones; porque lo del corazón no siempre aflora, sino suele más bien quebrarnos por dentro, en los caminos sin rumbo; porque, lo que nos queda y aún no lo hemos llevado a la paz, nos perturba; a los recuerdos de la casa revivimos en las crisis, o puede ocurrir que la memoria

oculta nos lleve a las actitudes que no deseamos; así es la vida que, si no está reconciliada, nos lleva a las vivencias que suelen ser muy dolorosas.

¿Qué es honrar a los padres?

La palabra honrar quiere decir más que el respeto y el agradecimiento por una vida sacrificada.

En la mente de los niños que aún no razonan mucho, pero perciben las imágenes de grandeza, nace la necesidad de expresar lo mejor, lo importante de sus padres; basta con oír cómo hablan de los padres, cómo lo expresan, porque la vida del hombre los lleva a que sus padres sean grandes.

Me acuerdo de una película: habla de un niño, mientras su padre es alcohólico; en ella, los niños comparten lo de sus papás, como lo saben hacer ellos, aún exageran.

Uno de ellos miente a sus compañeros; y mientras habla, aparece su padre; al verlo borracho, todos se ríen y el niño huye a cualquier lado.

¡Qué tragedia para el niño, y quién lo va a salvar!

El tiempo y la vida nos enseñan la grandeza de los padres, aún más allá de las limitaciones; nos llevan a descubrir los valores, a detenernos frente a los corazones que vibran.

¿Cuánto tiempo necesitamos, y cuántos cuestionamientos nos quedan?; eso nos va decir la vida; no obstante, hasta que no logremos descubrir la grandeza del corazón, aún en medio de las miserias de los padres, no podremos caminar seguros por esta tierra del Señor.

Aún más, hasta que no empecemos a orar por los padres, no sabemos entrar en el camino del reencuentro, ni buscar lo verdadero, lo que el Señor quiere que hallemos.

La oración por ellos, nos pone en el camino para poder ver lo que necesita nuestra vida, lo que buscamos desde hace

mucho tiempo. Con frecuencia, volvemos a las raíces de la vida en el mundo; pero, ¿cuánto tiempo precisamos para comprender a los padres, cuánta oración y cuánta luz del Señor? Si logramos verlos bien, nos comprendemos mejor, pero siempre con el Señor, el Principio de la comprensión humana.

Hasta en los padres más perdidos está el corazón inclinado hacia sus hijos, pues ellos ofrecen lo que saben ofrecer; si no saben darse a los hijos, es porque la vida fue cruel para ellos, al matar lo sagrado en sus corazones.

¿Quién puede despertar lo sagrado en ellos?; si no son sus hijos, ¿quién puede hacerlo?

Esos padres necesitan que sus hijos golpeen las puertas de sus corazones; y si se abren, la vida y el amor comienzan a despertarse hacia sus hijos ya reencontrados, y en la casa vuelve la fiesta.

b. LA BENDICIÓN

Me inquieta la bendición; es para aquellos que honran a sus padres. El Señor no dice: padres buenos o malos, sino padres, y aquellos que los honran, gozarán de una larga vida como gracia del Señor. Se hallarán en la tierra que Él les dará; será la tierra del Señor para sus hijos, aún, será su bendición; no estarán en tierra extranjera ni perdidos en un mundo ajeno; y todo les viene, por honrar a sus padres.

Luego de pronunciar los primeros mandamientos que nos inclinan hacia el Señor, viene el mandato por los padres, pues hay cierta cercanía entre el Señor y los padres; no está Él, si faltan ellos; no están ellos, si falta Él.

Quien recupera al Señor, recuperará a los padres; quien lo honra, honrará a ellos, independientemente de la realidad, por más que le costase enfrentarla en el transcurso de toda su vida, pues debe lograr honrar a sus padres para poder

honrar al Señor, el principio de la Vida.

Los hijos con tristes experiencias, que lucharon mucho por la imagen de sus padres, a quienes les costó vivir por las carencias de su casa, y que se golpearon como huérfanos, ellos, si buscan al Señor, su Amor y su Paz, aún no saben hallarlo fácilmente; porque hay vivencias que les impiden. En esas luchas están frente a las puertas de sus casas y de sus padres, donde compartían la realidad; así, en las idas y vueltas entre el Señor y sus padres, caminan por mucho tiempo; porque la Imagen del Señor resurge, al descubrir una nueva imagen de los padres; y si crecen ellos, crece el Señor.

En las idas y vueltas van encontrándose; quizás, les lleve mucho tiempo; pero algún día, logran honrar a sus padres y aún pueden honrar al Señor de todo corazón.

Y Él pasa por la vida de los padres; son como una puerta que, a veces, parece cerrada; no obstante, toda la vida se constituye de tal modo, que suele encontrar las llaves para poder abrir la puerta de los padres. El Señor bendice el camino y la puerta de modo particular; y cuando logramos abrirla, se alegra nuestro corazón inmensamente.

Vemos a los padres fracasados y los hijos, siendo padres, fracasan más aún, delante de sus hijos. La vida siembra los desencuentros y penas, en el camino de sufrimientos; se ve a esta realidad tan claro, que nos asusta verla.

¿Qué podemos hacer, como frenar el paso de la vida que se nos escapa?; pues, si no la seguimos, la realidad aún nos empuja, como si no pudiésemos detenernos para ver lo que nos duele; y al no estar en paz con los padres, no estamos bien con nadie en el mundo y menos con el Señor.

Estar en paz con los padres es la única razón que vale para ser felices; debemos vencernos a nosotros mismos; no hay

razón que valga hasta que no estemos en paz; y si estamos bien, los padres vuelven a la paz que siguen buscando. Las vidas reconciliadas frenarán nuestros pasos sin rumbo; entonces, comenzaremos una nueva vida con esperanzas.

Para que resurjan las vivencias sanas a nuestro corazón, debemos estar en paz con los padres; es como si el Señor nos condicionase en el mundo; como no estamos en paz con ellos, no podremos sentir el fluido del Amor que pasa por las vidas. Si es cierto que el Amor es incondicional, en algún sentido, el Señor nos conduce para amar a los padres como son; pues honrar a los padres, es amarlos sin poner las condiciones.

En el amor incondicional a los padres, está la sabiduría de la Vida; recién entonces, podremos descubrir al Señor. Si Él llega primero, en este caso, me atrevo a decir que viene por medio de los padres, escondido, como si fuese un mendigo en el mundo de los misterios. Los misterios están cerca; pero hay que recorrer muy lejos, para poder descubrir que el Señor, con su Amor y su Paz, está cerca de nosotros, en los padres que suelen ser pobres.

Con esto, ayudo a los hermanos que buscan paz, felicidad, aún sin ver por dónde volver a sus vidas que suelen sufrir la confusión. Deseo decirles que busquen cómo honrar a sus padres; les digo, pero el Señor les inspira; en lo más profundo de sus corazones renace la verdadera inspiración y si la buscan, encontrarán la razón para honrarlos; más aún, hallarán paz, como la hallan los náufragos perdidos, y ahora felices, agradecidos por la vida reencontrada.

Sus padres les están esperando; tienen sus motivos, con su vida de por medio.

Los encuentros ya no son para buscar quién tiene la razón;

nadie la tiene del todo, pero valen la paz, la reconciliación; si logramos ver el amor en los padres, aparece el sol de las vidas: el mismo Señor.

Ya no correremos desesperados al buscar a quien nos ame; ni desconfiados ni confundidos; y cuando la vida logre detenerse felizmente, el Señor pondrá su fundamento, pues sellará su nueva alianza del Amor.

7. AL EDUCAR A LOS HIJOS

a. EL DÍA DE LA MADRE

Nacen los nuevos pensamientos, pero mi corazón no desea desprenderse de lo que vivencia el Día de la Madre.

Es un día sagrado para los hombres que caminan por este mundo; si buscan la felicidad, la hallarán en el rostro de la madre que ama con un amor entregado, despierto y fresco; ese rostro ya tiene rasgos del Señor escondido que recorre por el mundo.

¿Cuántas veces, miraste su rostro tan sólo leyendo?

Es interminable la lectura, si aún tiene ansias de buscar en medio del misterio; no se lo puede leer corriendo.

El rostro se queda para toda la vida y más aún, como de un Dios misterioso, tan cercano.

¿Cómo descubrirías a la sonrisa del Señor, si no la vieses en el rostro de tu madre?; ¿y los silencios muy respetuosos frente a la vida que nace cada día, con mirar?; y cuando la madre mira, la vida renace.

Si ves una madre perdida, es como si perdiese una parte de la creación; no la condenes; es que, si lo haces, quiebras la creación, y es del Señor.

No dejes que la vida se pierda, hay que salvarla; si salvas a la madre, recuperas las vidas que surgen sanas, salvadas.

Me duele cuando la madre pierde su ternura.

Parece que pierde lo más sagrado que siempre nace.

La ternura tan propia de ella; si no la tiene o está muerta, está muerta la vida.

¿Quién sería ella sin ternura?; ¡qué pobre sería la vida!

Sufro cuando la madre pierde su amor, su ternura, cuando las tira a cualquier lado; es porque no se debe desperdiciar el tesoro del mundo.

En la ternura de la madre, el mundo se refresca; es como tomar agua cada mañana; la tomamos y lavamos con ella el rostro.

El rostro está por despertarse, pero necesita del agua y de la ternura; la vida sigue renovándose con la ternura del Señor, que se refleja en rostros maternos.

Él es tan tierno en el rostro de mi madre.

Aún, reconozco a mi madre tierna, y me reconcilio con mi vida que se hace más comprensible.

La realidad que me ha molestado, no pesa más; ya no hay cosas que perdonar, ni recuerdos que entristecen.

En medio de su vivencia, voy resurgiendo; es la hora para que madure mi vida con sus acontecimientos.

Ya sé más que antes, de la ternura, porque mi vida se hace más tierna, más feliz, más reencontrada.

¡Qué grande, cómo se refleja la madre en su hijo!

Son rayos de un sol que resplandece en los ojos de un niño feliz, y no hay otro tiempo que le importase.

Si la felicidad es eterna, es la del Señor, tan tierno en la vida del hombre.

En medio del gran Amor nace Jesús y aún sigue naciendo, mientras haya rostros maternos.

Cada madre aún presiente que, en medio de su amor, nace la vida divina; y si viene un hijo más, nace Jesús.

Pues, la ternura atrapa al Hijo del Padre.

¡Virgen, Madre tierna, mi Madre!

¡Bendito sea tu Rostro!

¡Cuánta ternura viene de ti, como agua de las montañas!

¡Cuánta vida queda sembrada en el camino, más aún, en los valles protegidos!

Si proteges mi vida, lo haces tan tiernamente.
Tu ternura derrita los hielos que enfrentas en el camino a mi corazón; luego, despiertas mis eternas primaveras con los cielos florecidos.
Cuando el Padre sembraba la sonrisa en mí, tú estabas esperándome.

b. LA ORACIÓN EN CASA

Lo que podemos expresar de la ternura en la familia, no tendrá mucha fuerza, si no está compenetrada con el Señor presente, quien participa de las vidas; y si todo comienza en Él, su presencia hace con la vida, como el calor con la cera que se transforma, porque el Señor la despierta, la penetra y anima; la vida de una familia aún puede verse envuelta con la ternura del Señor; la ternura será un signo preclaro de su Presencia.

Si la familia recorre su camino de oración que promueve la presencia del Señor en su vida, la Vivencia ya será una verdadera ternura.

El Señor entra en la familia transformándola; ante todo la reconcilia, porque no se puede hablar del crecimiento en el clima de la ternura del Señor, si no hay reconciliaciones.

La familia puede ver cómo el Señor entra en su vida; pero principalmente, la oración le hará vibrar con su Presencia.

Si bien, la oración cuesta hasta que prenda, es necesario hacer ese paso; hay que saber que muchas familias, aún no tienen experiencia de la oración compartida, entonces, el paso se les presenta aún más difícil.

Empezamos a orar juntos, lo hacemos por el compromiso, aún sin ver adónde nos lleva la oración ni cuántos cambios inspiraría en la familia, ni cómo la cambiaría en medio de la presencia del Señor; pero es cierto que la oración sabe envolver a toda la familia, con su Ternura.

Buscamos la luz del Señor para ir inspirando a las familias por lo que sería la oración para ellas. Aún, les ayudamos a despertar la sed de una vida que surgiría en la oración; les acompañamos en los primeros pasos para prevenir a que no caminen a ciegas. Si la oración es dejar la vida en las manos del Señor, como el niño en los brazos de la madre, sería muy bueno ayudar a la familia que transita, porque muchas de ellas ni siquiera sueñan en una vida que podría ser distinta, si empezasen poco a poco, por la oración que conmovería sus corazones impregnados con el Señor.

La oración puede envolver la vida con el Señor; entonces, la misma se despierta para enfrentar las circunstancias.

¿Cuánto tiempo precisamos para ver la realidad, como el Señor la mira en toda la profundidad?; ¿cuánta fuerza llega de Él, para poder enfrentarla?; ¿y el tiempo para ordenar la vida, siempre por medio de la oración?

Al orar, la familia va descubriendo los pasos por hacer; y por eso, aún serán seguros, la vida se hará asegurada, feliz, pues el Señor estará por siempre.

¿Y la vida de los niños?; si el Señor les acompaña antes de su nacimiento, y viven en el clima de oración día tras día, en todas las vivencias encontradas, ¿qué distinto puede ser su crecimiento!

Con frecuencia, nos queda soñar, y es válido para aquellos que algún día, se animan a seguir tras sus sueños.

Con el tiempo, es cada vez más difícil empezar de nuevo, porque la vida se va, pero aparecen nuevas oportunidades para luchar, y seguir hasta que la vida se halle en el Señor presente en la familia.

Entonces, viene la paz y el pasado no pesa ni molesta; aún agradecemos por la vida como fue, como por una gracia; y es por esta vida que habíamos sufrido.

Si los hijos ven cómo oran sus padres, desde los primeros instantes, y cómo la oración moldea sus corazones, cuando ven que la vida nace distinta y aún, los ojos de sus padres brillan de modo diferente, al reflejar al Señor, su ternura, esos hijos serán agradecidos por la vida, y tendrán más inclinación para buscar al Señor, y luchar por su presencia; tendrán más fuerzas para construir sobre Él.

Los padres no necesitan invitar a orar a sus hijos, pues ellos mismos se pliegan a la oración, para resolver con el Señor, las cosas y su propia vida.

La oración abrirá el camino para sentirse más unidos en el Señor, más amados; aún abrirá el camino para ir tomando nuevos compromisos, y luchar en medio de las exigencias de la vida; porque hay una fuerza que nos sostiene, más aún, si nos sentimos bien acompañados, comprendidos en medio de la familia que es del Señor.

¡Qué grande sería si los hijos comprendiesen que en la oración de la familia viene su vida y aún, nacen los pasos y las soluciones, y que no hay cosas compartidas que antes no hubiesen sido presentadas ante del Señor!

Si los hijos ven cómo la oración los sostiene frente a las dificultades que surgen cada día, es porque necesitan saber de la seguridad y adónde buscarla por las cosas de la vida, y por la misma vida que les espera.

¡Qué grande sería comprender la vida como una gracia del Señor cercano a nosotros, presente y atento por la vida!; ¡y más aún, si lo buscamos de veras!

8. HACIA LA SOCIEDAD

a. EL REFUGIO

¿Qué es la familia frente a la sociedad?

Me gustaría que fuese como el fuego que arde en medio del hogar; y que la vida y el calor se expandan.

Entonces, los que parten de sus familias, llevan el amor, la paz y la vida por todas partes; el mundo los recibe y asume lo que llevan y, de este modo, la vida se expande desde los pequeños hogares, se pone plena, segura, aún más grande.

Me acuerdo de los días fríos, sin sol, y con un viento que penetra los huesos; ¡cómo quisimos volver a la casa!

Es porque la vida quiere volver a su hogar; y mañana, irá al mundo, ya más prevenida, para enfrentar la realidad.

Siempre, hay algo nuevo que nos llega y asusta, y por eso, para buscar nuevas fuerzas, lo hacemos al volver a nuestra casa, a ese fuego que no se apaga jamás.

Sostenemos que la vida nace y crece, tanto en medio de la familia como en la sociedad; sabemos que no podemos escondernos, si el mundo nos necesita; algún día, salimos del calor de la casa, aún, cuando el mundo está frío.

¿Cómo podemos enfrentar la realidad?

Si aún no nos acostumbramos a luchar, ni pasamos por la experiencia de luchas, desde los primeros años de la vida, al llegar a ser grandes, nos quedamos muy débiles; pero es cierto que la vida tiene los regresos a la casa, como los de los pájaros que vuelven a su nido, luego de cumplir con su tarea; entonces, más aún, valoramos nuestra familia.

Valoramos a la ternura de nuestra casa: la de los padres en una familia madura.

Quien ha crecido en medio de la ternura, ha madurado; y lo mismo es con la comprensión y el servicio que dan la

felicidad, pues lo que recibimos, seguimos brindando a los demás, aún crecemos en el mundo que nos recibe y nos necesita.

La vida madura sirve para el bien; si se desgasta, a la vez, crece y tiene fuerzas para enfrentar dificultades, peligros; si de este modo, enfrenta el mundo, aún sigue creciendo en el camino del crecimiento que no tiene fin.

Hablamos de las vivencias, lo hacemos con cierto miedo, pues, con la inmadurez, aún vienen las debilidades.

Si no hubiésemos crecido en medio de las vivencias sanas, nos habría costado mucho enfrentar la vida de hoy.

Hay tantos jóvenes que se hunden, débiles y confundidos; ¿cómo ayudarles a crecer?; porque los sentimientos sanos despiertan la fuerza interior, y son necesarios para que la vida se abra con el bien. Mientras tanto, hay que vivir en el tiempo del crecimiento; si aún no hemos crecido, viene la confusión que nos desespera; pero aún hay que crecer.

Luego viene la hora para madurar; siempre hay un tiempo para madurar, si somos pacientes y asumimos la realidad, más aún, si buscamos al Señor, Fuente de las vidas.

Entre el mundo y la casa viene el crecimiento; algún día, estamos seguros de nosotros mismos, aún más encontrados en la familia, en la ternura de nuestros padres.

El hogar queda como hogar, donde hay calor, pues la vida no puede apagarse jamás; si se apagase, ¿qué sería de ella? A ese hogar seguimos volviendo, donde el Señor sembró la vida y la bendición; es verdaderamente sagrado.

De distintas partes, seguimos volviendo; a veces, la vida se proyecta como caminar de lejos, fijándonos en un lugar que no se borra; hay sensaciones frescas que se despiertan; y si no hay paz, con más razón, seguimos volviendo.

Algún día, estaremos mejor, cuando firmemos la paz en el

lugar donde se inició nuestra vida, y donde guardamos los recuerdos y primeras vivencias, felicidades y penas. Debemos firmar la paz con la vida; y no la podemos hacer bien, si la hubiésemos insistido fuera de nuestro lugar; por eso, el lugar es sagrado, los que están aquí, ya están en la tierra santa; ¿y cómo lo podemos comprender?; a veces, lo podemos ver, porque la vida ha dado muchas vueltas.

En este lugar sagrado firmamos la paz con la vida.
El tiempo es solemne; no hay vencedores ni vencidos.
Luego de tantas guerras y heridas, no hay que cuestionar más; es la paz la que vale.
¿Quién es el primero que estreche la mano?
¿Quién sabría hacerlo?
No hay discursos, ¿para qué sirven a esta hora?
Todos están cansados de luchar, y de vivir tanto tiempo fuera de su lugar; tan sólo hay que firmar la paz y que sea para siempre; que el Señor bendiga este momento.

Después de las guerras, muchos hijos están por volver para firmar la paz; y si lo hacen, es un nuevo tiempo del Señor. Las guerras de nuestros hijos han sido tristes, hubo mucha sangre en los corazones; hoy, ya cansados, van volviendo; hay esperanzas de que por fin llega la paz a la tierra. Si los hijos van volviendo, el Señor lleva la bandera; aún, preside la procesión de aquellos que serán salvados.

El hijo logra la alianza en el lugar de su nacimiento, a la vez, la renueva en el lugar de dónde había venido; y es la que el Señor espera; entonces, toda la vida toma su rumbo, según lo que Él había proyectado. Aún antes del nacimiento, Él espera la vuelta del hijo al lugar sagrado; y como el hijo vuelve, resurge el fuego en medio de las cenizas; el Señor sopla el Viento del Espíritu, en los corazones de los que siguen reunidos en esta hora.

b. ¿CÓMO RESPONDE LA SOCIEDAD?

¿Qué puede hacer la sociedad frente a la familia?

La familia es una de las mayores preocupaciones, por la cual deberíamos ser más sensibles aún; la misma debería ser protegida en la sociedad, ser cuidada como el tesoro; esa conducta del pueblo debería ser sentida en cada hogar; si no es así, es porque la sociedad está enferma y presiente su lenta agonía; es que, sin la familia, no puede caminar lejos.

Cuidar la familia y los valores que la promueven, es luchar por la vida, por el futuro de la sociedad; es proyectar un verdadero progreso.

Si pensamos con seriedad en el futuro, no nos ponemos contra la familia ni somos indiferentes ante las crisis que le llegan; al defender la vida del pueblo, debemos proteger a cada familia, y no abandonar ni a una sola.

Si la familia sufre desgracias, ¿cómo reaccionamos?

¿Hablamos, criticamos, divulgamos, o hay espacios para la verdadera comprensión ante el dolor y las penas?

Si no hay trabajo y surgen los problemas con los hijos, ¿qué hacemos?; ¿en nuestro corazón, hay un lugar para el respeto, para sentir la necesidad de ser solidarios?

¿Cómo reacciona el pueblo?; y cuando reacciona mal, ¿sabemos estar del lado de la familia que sufre?

¿La sociedad tiene la imagen de un ambiente que protege?, porque cada día, nos encontramos con las familias que nos necesitan.

¿Cómo reaccionamos ante la separación de la familia?; ¿nos duele en el alma, o es una cosa más, como tantas?

Porque destrozarse un tronco o aún ver quebrarse la familia, quizás nos daría lo mismo.

Aún, siendo respetuosos, debemos ayudar a las familias en

crisis, comprensivos con los que sufren los fracasos.
La sociedad debería llorar cuando se avecina un divorcio; y si llora, ayuda a volver a vivir, porque la felicidad de la misma, está en una familia sana.
La sociedad podría compartir la felicidad con las familias felices.

Los nacimientos, los niños que juegan en los parques, y las escuelas con plena alegría, son la sonrisa del pueblo, la esperanza, la vida, el futuro; a la vez, los chicos de la calle que huyen de sus casas, los sin trabajo y adictos, son la herencia del pueblo que sufre; ¡y cómo hay que ayudarlos!
¿Cómo es la sociedad frente a la vida que viene?
Si el pueblo tuviese buenos sentimientos, las calles serían distintas, los jóvenes diferentes y los niños más felices.

Es cierto que hay que cuidar a la familia con las leyes, que las mismas deben ser claras, por el bien de la familia; pero no se resuelve con las leyes, si el pueblo no tiene corazón ni se alegra, ni sufre ni llora cuando sea necesario, ni sabe ser respetuoso ni solidario.
¿Quién va a despertar al pueblo por la familia?; y si se necesita que haya gente para animarnos por los valores; entonces, ¿quién va a despertar al pueblo?

No obstante, si de veras buscamos el bien de la familia y luchamos por el pueblo, no podemos descuidar los valores del espíritu; y el pueblo no puede descuidarlos, si piensa en su verdadero destino.
Debemos respetar la libertad del hombre y de la familia, pero aún hay otros valores que también pueden expresarse; los valores del espíritu deben flotar en medio del pueblo que comprende su destino; y los necesitamos sembrar en el pueblo, en las familias, si están dispuestas a recibirlos, pues esos valores ponen a la familia en otro nivel de la

vida, diría, en un nivel verdadero.

Me pregunto: ¿qué hace el pueblo que sale a presenciar los casamientos?; ¿de veras, desea asistir a una nueva vida de los dos, para acompañarles con su bendición?; ¿se alegra y ora, o es la curiosidad, como tantas cosas que se guarda el pueblo?

¿Qué pasa con los sentimientos del pueblo reunido ante las iglesias?; ¿aún, habla bien o dice cualquier cosa?, ¿está feliz con la nueva bendición o sólo viene, como hubiese podido hacerlo por cualquier otra cosa?

A nuestro pueblo le cuesta poner su corazón en lo que vale; entonces, alguien debe despertarlo, y decírselo para que vea, que sienta y que responda.

9. AL VIVIR EL GRAN MISTERIO

a. LA BODA

¡Ven, Espíritu Santo!; que tu Agua inunde el mundo y más aún, a las familias que tienen sed de ti.

Las tinajas están vacías desde hace tiempo; los corazones tienen tanta sed que ni siquiera te buscan ni te llaman.

¿No es que, al perder tu Presencia, ni siquiera presentimos la necesidad de ti, Señor?

No obstante, la sed nos despierta.

Las tinajas están vacías en un rincón de la vida.

Están llenas de polvo; ¿quién haría limpiarlas?

¿Estaría Jesús, y alguien para llenarlas de agua?

Entonces, ¿qué hará Jesús de las vidas?

Viene Jesús como un invitado.

Aún, están su madre, los discípulos.

Él, sereno, casi no interviene.

¿Sabemos lo que podemos esperar de Él?

¿Quién sabría lo que Él trae a la fiesta, desde su Padre?

En esa hora, Alguien reclama a Jesús, para que la vida se nutra con el Señor; y Jesús le responde.

Pronto llenan las tinajas.

Alguien los apura para que lo hagan cuanto antes, pues, no hay que perder nada en la hora de la familia.

El agua es pura, cristalina.

Aún, hay ver lo que está en el corazón humano.

¿Adónde llega el agua, y de dónde la habían sacado?

¿Cómo limpiaron las tinajas, quién lo hizo?

¿Es el agua de la fuente, o el Señor es la fuente?

¿Sería el Agua del Espíritu prometido?

Mientras los discípulos llenan las tinajas, el Señor envía a su Espíritu, Agua pura.

A este misterio lo podían ver los discípulos.
A veces, el Señor nos despierta por unos instantes, y luego queda sólo el silencio.

En tu Agua cristalina, voy mirando mi vida, y me asusto.
No obstante, te voy encontrando, y se aquieta mi interior.
En la profundidad de tu Agua, brotan tu Vida, tu Paz.
Como tu Agua entra en mí, no estoy tan vacío como antes.
Ahora, estás tú, Señor, conmueves mi vida con tu Agua, y me haces crecer en medio de tu Vida.
Entonces, renace todo mi ser, en medio de ti, Señor.

Hubo un tiempo de silencio.
Jesús hizo lo suyo sin decir nada, como en otros tiempos, cuando estuve con mi vida, preocupado e inquieto.
¿Quién comprendería lo que Él hace?
Si aún no lo entiendo, cuando transforma el agua en vino, ¿cómo comprenderé lo que hace Jesús en mi corazón?
No obstante, necesito de esos signos, los comparo con lo que hace Jesús; pregunto, ¿en qué me ha transformado?
Y aún, empezó con una pobre tinaja, llena de Agua.

Llevan vino a la mesa; ya no es pura agua.
El Agua se encuentra con Jesús, el Hijo del Padre.
Ahora, los servidores van llevando vino en sus recipientes.
¿Con qué van a convidar a la gente?
Si el vino entra en la vida, ¿quién ha entrado?
¿No es Jesús que desea convivir con la familia?
¿Qué pasa en la casa, pues sirven Vino, y está Jesús?
¿Alguien entiende de los misterios del Señor?
Y si no lo comprende, que su silencio responda.

Mientras sirven vino, algunos discuten, otros preguntan qué es lo que toman; y el Señor obra en los corazones.
El Agua del Espíritu ha tocado la tierra; con Él, Jesús nos

llena de su Vida; su Sangre entra en las venas del espíritu.
Del Agua del Espíritu, y de Jesús en la Boda, resurge la
Sangre de la Vida; que la tomen los que la puedan tomar,
pues Jesús viene con el poder del Espíritu.
Y todo en la Fiesta de la Familia.

Por el momento, te agradezco, Señor, por estar en la Boda,
con Jesús de cerca; no sé si he comprendido lo que hizo,
qué quiso decirme y con qué me alimento en aquel tiempo,
y en toda mi vida; de verás, se despierta mi corazón, la
fuente del Señor, y Jesús obrará más aún; si todo lo que ha
hecho en mi vida es grande, ¿adónde me llevará?
Aún me asusto; no obstante, hay una luz que me atrae; me
dice que no abandone a esa Corriente del Señor.

b. MARIA SIEMPRE INSPIRADA

Los cristianos deben soñar en la transformación que viene
de Jesús; si pertenecemos a Él y somos sus seguidores,
aún debemos estar en su obra, al sembrar la esperanza de
un nuevo mundo; debemos decirlo con mucha fuerza, para
que nos oigan, nos comprendan, y que se despierten en
medio de sus crisis muy profundas.

Porque sembrar la esperanza en medio de un mundo casi
muerto, es muy grande; colaborar con el Señor para que el
Espíritu venga, que nos ilumine y abra el Camino para que
obre Jesús plenamente, es realmente grande; pero hay que
llevar luz y esa visión, la que tenía María, la Madre; por
eso, Ella está donde debe responder al Señor.

La misión de los cristianos es intuir por dónde obra Jesús,
y qué puede hacer en el mundo que lo necesita.

¿Por qué María sabe lo que puede ocurrir en la fiesta?; es
por su sensibilidad que le hace ver las cosas que pasan en
la familia en el día de la Boda.

El corazón que responde, puede abrirse con el bien, ante las necesidades; y si no responde, se queda con lo suyo, como si fuese indiferente; con frecuencia, no sabemos ver lo que necesitan los hermanos, ni en qué pudiésemos socorrerlos, porque estamos enfermos del corazón; y hasta que Jesús no nos sane, no vamos a entrar plenamente en su obra.

La Madre de Jesús, presiente la preocupación; sufre por lo que pasa en la vida; al estar aún en el dolor, ayuda con un corazón pleno y generoso.

Con tan sólo hacer pequeñas cosas, a veces, con la palabra o el gesto de bondad, de comprensión, entra el Señor y la vida se llena de Agua viva.

Como en nuestro corazón ya corre el Agua del Señor, los hermanos nos comprenden con más facilidad; mientras les ayudamos, aún somos transparentes, para que nuestra ayuda sea sólo del Señor.

María sabe lo que puede esperar de Jesús.

Las pequeñas obras, que están plenas del Señor, abren el camino para Jesús que está por entrar aún en silencio, por lo que lleva a las sorpresas.

Como creemos muy poco en la obra del Señor, Jesús nos sorprende más aún; no obstante, tras su obra, casi siempre hay alguien que cree, como María y quizás por su gran fe, recibimos más de lo que buscamos y de lo que esperamos de Jesús; es que el Señor es tan grande; Jesús está cerca de las vidas.

Con este espíritu salimos a ayudar a las familias, pues no podemos dejar ni a una sola descuidándola, al decir que no se puede hacer nada.

La obra de Jesús es más grande de lo que llevamos en la perspectiva humana, y el Señor nos pide la fe en Jesús y en su obra; quien cree, verá cosas grandes y, en algún

sentido, anticipa la obra del Señor, aún en medio de la realidad confusa.

Debemos salir a buscar a nuestras familias perdidas; jamás podemos decir que el tiempo se acaba y no se puede hacer nada por ellas, porque la obra de Jesús está más allá de los cálculos humanos que nos confunden; pues su obra ya no tiene límites; aún en las circunstancias tristes, Jesús halla la luz para resolver a la realidad por más desesperante que fuese; quien no lo cree, no cree en Jesús.

La obra del Señor puede llegar a ser aún más grande, si dejamos todo en las manos de Jesús, y mientras hacemos lo poco que podemos hacer, por lo menos, llenemos las tinajas con el agua.

Debemos salir hacia las familias que nos necesitan; es un gran mundo que nos rodea; cada día, vemos más aún a una realidad tan llena de dolor y de resignación.

¿Qué les vamos a decir?; al escuchar con respeto, a los que necesitan, estamos en la obra del Señor; no obstante, Él nos insiste en que les enseñemos a Jesús, que lo invitemos a que haga lo suyo por las familias; así vamos preparando a las familias para la visita de Jesús, que superaría nuestras expectativas.

En medio de las tinieblas de la humanidad, aparece una luz cada vez más grande; es Jesús, a quien necesitamos, que puede salvar las vidas de la oscuridad más confusa, de las crisis más grandes. Si Él está en nuestra vida, a muchas familias les podemos ayudar a que se encuentren con Él; en este camino, nos hace transitar cada día.

PREFACIO	3
1. EL CAMINO DE LA IGLESIA	5
a. que se despierten	5
b. la crisis de la familia	7
2. DESDE EL AMOR DEL SEÑOR	11
a. Jesús nos transforma	11
b. la apertura del corazón	13
3. AL ENTREGAR LA VIDA	17
a. ¿adónde nos lleva?	17
b. el crecimiento	19
4. QUE LA VIDA GENERE LA VIDA	23
a. el Fuego que despierta	23
b. las exigencias de Jesús	25
5. FRENTE A LAS CIVILIZACIONES DEL MUNDO	29
a. las influencias	29
b. ¿cómo vamos a enfrentar?	32
6. A HONRAR A LOS PADRES	37
a. la Ley sagrada	37
b. la bendición	39
7. AL EDUCAR A LOS HIJOS	43
a. el Día de la Madre	43
b. la oración en casa	45
8. HACIA LA SOCIEDAD	49
a. el refugio	49
b. ¿cómo responde la sociedad?	52
9. AL VIVIR EL GRAN MISTERIO	55
a. la Boda	55
b. María siempre inspirada	57

